

¿Nuevos parámetros y variables para la economía nacional?

Ramón Martínez Escamilla*

Enfrentamos grandes problemas tanto en la estructura como en la dinámica económica internas, particularmente en lo que toca a lo que pudiéramos llamar la economía institucional de México; entre otros, está el grave problema de la falta de uniformidad de criterios en la preparación y elaboración final de las estadísticas económicas. No necesitamos repetirnos en torno a lo que el capitalismo es. Lo que requerimos con urgencia es saber que en lo que se refiere a su inserción en sus modalidades contemporáneas, México vive confrontando cotidianamente los problemas del éxito.

Introducción

Nunca como en el último lustro ha sido evidente que el comportamiento de las variables causales en la dinámica de una economía capitalista de alcance regional y aun nacional, es muy difícil de prever no sólo para el corto, sino hasta para el largo y el mediano plazo. La erraticidad que impide las previsiones es el origen de la continua y a veces pasmosa inestabilidad económica que caracteriza al capitalismo contemporáneo. Lo mismo sucede en todas partes, aunque no es fácil encontrar el fondo real y los trasfondos de tal inestabilidad.

Cuando tales variables son sometidas a medición, las proyecciones más rigurosas no sólo admiten un considerable margen de error, sino que, por naturaleza, son simples posibilidades del comportamiento humano a escala, de agentes económicos a los que todavía tamiza y adelgaza la probabilidad. Sin duda por eso se sostiene con razón que las leyes de la economía son de carácter estocástico y tendencial; esto es, que los fenómenos económicos siempre se presentan cuantitativamente abrumadores y cualitativamente sesgados. Y si esto se dice del fenómeno real, ¡cuánto más podría decirse, en el mismo sentido, del pensamiento que lo interpreta y de la acción que pretende conducirlo políticamente!

Esto, que está presente hasta en los periodos de mayor mansedumbre real e institucional del proceso económico, es más evidente en tiempos,

inesperada y hasta tercamente abruptos, violentos y perniciosos, como el presente, saturados de inflexiones, quiebres y hasta desgarramientos estructurales que impactan frontalmente a lo social, lo político y lo estratégico.

Aun en la escasa probabilidad de que algún día la economía haya podido referirse al conjunto del mundo, de la historia y de la sociedad, en el sentido de un saber omniabarcante, es por lo menos parcialmente cierto que los sucedáneos teóricos de las imágenes del mundo han comenzado a quedar devaluados no solamente por el progreso fáctico de las ciencias empíricas, sino también, y aún más, por la conciencia reflexiva que ha acompañado al progreso real que camina por detrás del que registran esas ciencias, y que una vez más vuelve a su papel de matriz de todas las llamadas ciencias del hombre.

* Doctor en Economía. Investigador titular "C" de tiempo completo del Instituto de Investigaciones Económicas de la UNAM y coordinador del Seminario Permanente de Teoría Económica. Premio Universidad Nacional 2009.

Por supuesto, ahora las llamadas redes sociales hacen su parte, aunque a su despecho. Ni las ciencias empíricas ni la conciencia reflexiva madre de las humanidades, ni las humanidades mismas han avanzado en la historia a mayor velocidad que las realidades en ellas retratadas. Los científicos y los humanistas, con todas nuestras elaboraciones, siempre les iremos a la zaga. Los portentos científicos que subyacen a la informática, por ejemplo, no han podido situarse por encima de lo experimentado y probado secularmente por la economía capitalista real, sino que, a lo sumo, al ser conjugados en los ordenadores, no hacen más que confirmar y reproducir artificialmente, y a velocidad exponencial, todos los principios de aquélla, por más que hayan influido ya radicalmente en toda la tecnología aplicable a lo concomitante o a lo funcional del sistema.

A la informática y a otras disciplinas les pasa lo mismo que a la otrora llamada carrera espacial, que no ha podido ni podrá modificar alguna de las realidades cósmicas preexistentes ni agregar una más, y tampoco ha podido reformular en firme siquiera alguna de las nociones fundamentales de la cosmología; aunque los fundamentos tecnológicos de que se sirve y otros que ha puesto en planta hayan permitido determinar notables avances en diversas disciplinas aplicadas a las comunicaciones estratégicas y la logística.

Pero sería osado hacer desdén de la utilidad práctica –pragmática en el fondo– del progreso fáctico de las ciencias empíricas o del vertiginoso avance de la conciencia reflexiva que desencadenan y que luego es sistematizada para efectos estrictamente utilitaristas. Sin ellos, sería más difícil el entendimiento de la dinámica que adopta la sociedad contemporánea en todos sus procesos, aunque con ellos no se pueda modificar un ápice el sentido de la sociedad o de la vida. Quizá hasta por eso es cierto que: “Con esa conciencia, el pensamiento filosófico retrocede autocríticamente por detrás de sí mismo; [y] con la cuestión de qué es lo que puede proporcionar con sus competencias reflexivas en el marco de las convenciones científicas, se transforma en metafilosofía”¹. Así, podría decirse que tanto el tema de la teoría económica como el del derecho que podría circunscribirla se transforman, y, sin embargo, siguen siendo los mismos.

Y ahora que tenemos a la vista esta noción, es más fácil entender que han desaparecido las evidencias que

permitirían suponer que el mundo sigue siendo el mismo que hace unos cuantos años y que el poder mundial ya no se reparte de la misma manera; pero también, que el sistema de hegemonías sólo se volvió unilateral sin que registrara cambio sustantivo. ¿Qué mejor oportunidad para preguntarnos si el sentido social e histórico del capitalismo permanece inmutable; si su racionalidad objetiva se conserva intacta; si las teorías económicas que habían tenido éxito permanecen en escena con el mismo vigor; si las políticas de desarrollo que les corresponden a escala mundial siguen vigentes; si el Estado capitalista no ha experimentado ni permite experimentar aún más mutaciones; si sus gobiernos mantienen la misma dimensión social y su viejo y probado quehacer político; si el personal político de hoy tiene la misma extracción y composición sociales; y si su proyección a futuro en el seno del sistema es la misma?

A todo esto se podría contestar afirmativa o negativamente; ése no es un gran problema, al menos para el que esto escribe. Pero en nuestros días, hay todavía muchos economistas que estarían prestos a defender que los comportamientos de la economía real permiten su verificación en las cuentas nacionales y en los estados consolidados que se registran nacional o regionalmente, y que se reportan a los organismos de las Naciones Unidas, o simplemente a los organismos supranacionales, públicos o privados; a pesar de que en la economía real inciden impactos como el lavado de dinero y el saqueo sistemático proveniente de un generalizado subsistema de ilícitos oficiales y privados.

Lejos de hacerse cargo de este tipo de situaciones, tales economistas frecuentemente postulan que, para situarse en el justo medio del conocimiento de los comportamientos inmaculadamente económicos, basta asumir su búsqueda sólo en aras del conocimiento mismo. Y a pesar de que ya ni los anuarios estadísticos más funcionales a la imagen de la economía real de países, como los que en este momento todos tenemos en la cabeza, ofrecen continuidad sobre lo que quieren expresar, ellos llegan incluso a sostener que el verdadero sentido de este conocimiento está en la búsqueda de las tendencias a largo plazo que exhiben las estadísticas, y así las erigen en el final de sus muy aplicados ejercicios profesionales, a la manera de supuestos planes de desarrollo.

Desde luego, no les falta razón si nos atenemos a que las estadísticas, en tanto series históricas, mantienen intacta su importancia como elementos de búsquedas tendenciales, auxiliares para el análisis cuantitativo y hasta cualitativo

¹ Jürgen Habermas, *Teoría de la acción comunicativa, tomo 1, Racionalidad de la acción y racionalización social*, Buenos Aires, Aguilar, Altea, Taurus, Alfaguara, 1989, p. 16.

de una estática metodológica que se exhibe como dando saltos desgobernados temporariamente, y de una dinámica que se retrata en instantáneas como metida en una camisa de fuerza tan rígida y anclada en una conceptología tan demencial, que por ningún lado deja de ostentar los rasgos de una supuesta y muy mal graduada mansedumbre social, pues las estadísticas económicas no son más que una suerte de discurso tecnológico-contable, paralelo al discurso de política económica, con que los jefes de Estado desde el último cuarto del siglo XX han sido tan proclives a disertar; mientras bajo sus plantas se desmoronan las estructuras económicas que supuestamente gobiernan, y siguen pretextando fenómenos depredadores –geofísicos, meteorológicos, fisiológicos, demográficos e incluso estrictamente sociales y políticos– cada vez que yerran las teorías en que se encuadra su funcionalidad, las políticas que justifican o impulsan con fundamento en éstas, y las mismas estadísticas con que publicitan su pretendido éxito.

Muy explicable, pero también muy grave problema es este último, pues, con tal publicidad, las teorías y políticas económicas específicas, en la práctica, van dejando de ser las hipótesis de trabajo sujetas a la prueba del tiempo y de la dinámica social que en realidad son, para convertirse en tomas de posición tan “definitivas” y determinísticas que llegan a ser asumidas como duros principios de gobernabilidad, y en su entorno no penetran más que muy tenues reconsideraciones y ningún tipo de modificación que no provenga de la mera exégesis jaculatoria de la racionalidad objetiva en que se encuadran, dejando sólo para los más sonados casos de inestabilidad y de falta de “eficiencia” la aplicación de revisiones netamente coyunturales a los implementos de una racionalidad metodológica tan acotada ideológica y aun políticamente, que apenas dejan introducir algunos cambios en la costra cosmética de la administración; para que, sin dejar de funcionar como las demás fuentes de poder y riqueza individual y grupal, las ciencias y las técnicas más funcionales se desarrollen y se apliquen, para que los problemas sociales no resueltos sigan siendo los mismos.

Por este camino, hoy como nunca antes podría parecer que las teorías económicas se limitan a dar forma, con lenguaje científico y tecnológico, a las preferencias ideológicas en favor del capitalismo más cerril; y que ningún progreso experimentan desde que comenzaron a abandonarse los grandes temas de la economía centrados en el ser social más que en las cosas que produce y en cómo lo hace. Más aún, la actual tendencia tecnificante en la que con frecuen-

cia se les hace desembocar, da la impresión de que es una mecanización que nada aporta siquiera para la comprensión de los fenómenos que pretende describir.

Apenas es necesario expresar que el verdadero sentido de tal sistematización no tiene objetivo más genuino que el de exponer la relación de lo cuantitativo con lo cualitativo en, la aplicación de la teoría del valor al análisis concreto, por lo cual sería por lo menos aventurado conducirse o expresarse al respecto sin tener una formación especializada. Pero la verdad es que mientras todo lo antes señalado sucede, la estructura real de la economía mundial y sus procesos localizados global, internacional, regional, nacional y localmente por un lado, o integral, sectorial o factorialmente por el otro, han mutado muy sensiblemente en sus contenidos y formas, unas veces dando lugar o contribuyendo a justificar estas formas de pensamiento y otras veces tomándolas como su fundamento.

Pero más allá de lo común de ciertos lugares, la dinámica interna del capitalismo sigue irradiando de confrontaciones entre fuerzas sociales conscientes de su interdependencia y su antagonismo simultáneos. Y todo lo que se confronta hoy, sea en el terreno de la sociedad, de la cultura, de la educación o de la economía –diríase que sobre todo de la economía–, tiene su salida natural y remarcada en el terreno de la política, es decir, en el terreno del ahora velozmente cambiante Estado capitalista y sus caducas tipologías, de las formas de gobierno que hoy admite, y de sus políticas de mera administración enunciadas como de desarrollo, que ya tampoco son las mismas.

Y precisamente hoy que vivimos el tiempo de la crisis de las categorías políticas y de las categorías económicas, vale decir, de las categorías históricas y de las correspondientes categorías de análisis científico, conviene que nos formulemos algunas preguntas y adelantemos algunas respuestas pertinentes para los enfoques teóricos dominantes entre los agentes de la economía real.

Por su puesto, nunca he creído que la teoría económica incluya categorías éticas o juicios de valor. Tampoco, que deba incluirlos. Especialmente la teoría económica contemporánea. Y ha sido así porque, a mi modo de ver, el quehacer de ella, en todo lugar y tiempo, ha sido sólo el de la búsqueda, a veces afortunada, de un conjunto de hipótesis de trabajo científico, ordenadas y sistematizadas con más o menos éxito, en torno a la producción, la distribución y, cada vez más, al financiamiento de los medios de vida de la sociedad.

Al expresarlo así, me hago cargo de los enormes cambios que ese mismo quehacer ha registrado en los elementos que irreversiblemente ha incorporado a su estructura y, sobre todo, a su dinámica, pero principalmente de los aún más grandes cambios que la historia ha incorporado a la economía real, particularmente desde que, de manera más o menos olímpica, casi se decretó “el fin de la historia”, merced a la universalizada desilusión de los sistemas, a pretexto de que, hasta entonces, los cambios económicos no habían siquiera dejado vislumbrar un destino humano cada vez más digno de llegar a vivirse.

En la economía real, sin embargo, los cambios no han sido tan grandes como vertiginosos, lo que induce a prejuizar que quizá la humanidad de tanto brincar sobre el mismo sitio lo único que ha conseguido es apisonarlo para tropezar cada vez menos, y menos sonoramente, a la hora de practicar sus concebidas pruebas de hipótesis, situación que implica que cada vez ha tenido que exigirse más para pasar con menos penas de la cosmética al ámbito de las esencias.

Haya sido porque los cambios se han registrado más en la tecnología o porque con toda esa modestia hayan tenido que privilegiar más a la administración y en ella al financiamiento que a la agregación real de valor, el hecho escueto es que el profundo antagonismo humano que sigue implicando producir y distribuir no se desplaza tan de prisa en la historia como en la geografía para seguir dejando la indeleble lección de que sobrevivir y perecer no son sino la cara y la cruz de la misma mercancía universal.

¿A qué espacios, entonces, tendrá que ser remitida la ética para que un día pueda decirse que al producir, distribuir y financiar se ha aprendido a vivir en la verdad, si en el Estado, en la política y en la organización social parece que las puertas tienden a estrecharle el acceso porque el del libre mercado no es al parecer un mecanismo de validez universal ni necesario?

Ni ésta ni otra pregunta de las muchas que pueden formularse tiene tal vez posibilidades o pretensiones de permanecer porque sus alcances en tiempo y espacio están más o menos a la vista. Es, en consecuencia, la consideración que cada quien pueda plantearse a la luz de su propia formación la que puede proporcionar la respuesta que, sumada a la del otro, produzca el conjunto que la estructura y la dinámica de ahora reclaman. Ya las hipótesis que han probado el Estado mínimo, el máximo y el de seguridad nacional son bien elocuentes en el sentido de que en la socialdemocracia el presente puede ser acaso menos tortuoso así transite

de la intervención a la simple rectoría económica, y así se trate de procesos “globales” leídos con la graduación de una óptica que se desplaza del subastador o del dotador inicial a la elección pública como correctora de los desajustes y fricciones propias del mercado.

Sin embargo, como el de las preguntas, el de las preferencias autorales por escuelas o corrientes del pensamiento económico contemporáneo puede ser muy extenso y hasta complejo. De ahí que para los presentes efectos convenga más ir de frente a unos cuantos de los grandes temas en que, quiérase o no, converge, seguramente, la atención de no pocos estudiosos, así sea sólo a la manera de preguntas y respuestas.

Preguntas y respuestas

Por la temática económica general más en boga, pero también por el cada vez mayor grado de especialización de los autores y los trabajos con que es legítimo esperar que se aborden los subtemas que la integran de manera sobresaliente, en una actualidad tan compleja también es válido reflexionar por escrito en torno a la importancia que revestirían algunos aspectos como los que aquí propongo, porque me parece que conforman el ancho campo hacia el que de una u otra manera tienden a converger también las mayores preocupaciones autorales de nuestro tiempo. Lo hago sólo en aras de un mejor entendimiento del estado que guardan la economía mexicana y la latinoamericana, en sus contextos nacional, internacional y mundial; y, además, tratando de visualizar primero y tener algunos acercamientos más tarde, a la dinámica que es posible prever en el mediano y largo plazo para esas mismas economías. No hace falta agregar que me atengo, sobre todo, al adecuado vehículo que es esta revista para difundir las apreciaciones más novedosas que desde el medio académico pueden ofrecerse no sólo acerca de los problemas que exhibe el desarrollo, sino también de las reflexiones de corte teórico para hacerles frente.

Las que siguen, sin embargo, ya sea vistas en lo particular o en una visión de conjunto, no dejan de conformar apenas un primer acercamiento, y por ello asumen la forma de grandes preguntas y breves respuestas.

1. ¿Es aún el mecanismo del mercado el eje central del capitalismo contemporáneo?

Aunque la respuesta más sencilla y directa debiera ser que sí, la verdad es que tanto a escala mundial y regional como

nacional, dicho mecanismo ha demostrado ser insuficiente para resolver las necesidades del sistema a escala de toda la sociedad y también, en especial, a escala de cada uno de sus componentes.

Me refiero a que no sólo desde el punto de observación de la práctica secular, sino también desde el de la teoría económica, la espontaneidad con que el mercado puede comportarse y el principio de ingobernabilidad y violencia a que por naturaleza conduce más temprano que tarde, ha dejado ver que los correctivos, enmiendas y reorientaciones que los poderes organizados de la sociedad pueden aplicar, aun frente a las condicionantes más rigurosas de la racionalidad capitalista, representan la única oportunidad de que los principios de la propia racionalidad y la impronta que marcan en todos y cada uno de los comportamientos del acontecer económico hagan permanecer el sentido histórico y la todavía considerable aplicabilidad práctica del propio capitalismo.

Si quisiéramos repetir esto, empleando los mismos conceptos y nomenclaturas escuchados y vistos aquí y allá, tendríamos que decir que el solo mecanismo del mercado carece de perspectiva si no se acotan y reorientan sus efectos mediante la aplicación de políticas económicas específicas para contrarrestar sus efectos más perniciosos.

Con esto, está claro, no estamos postulando que se puede pasar del capitalismo salvaje al capitalismo racional sin grandes empeños de la sociedad en conjunto, sino, acaso, que la participación directa del Estado y de los diversos tipos de gobierno en la dinámica real del proceso económico bien podría fundar y mantener el sentido social de todo el acontecer económico. Por supuesto, lo expresado conlleva la necesidad de abordar con detenimiento los diversos tipos de Estado capitalista presentes hoy y los tipos de gobierno que de manera, digamos natural, admiten.

2. ¿Sigue el mecanismo del mercado consolidándose ahí donde ya se ha desarrollado, o ampliándose y desarrollándose donde se había estado manteniendo como sólo una insipiencia?

La historia contemporánea del capitalismo, pero sobre todo la observada en el periodo de interguerras, con énfasis en la dinámica que ha podido exhibir la gran crisis estructural de 1929-1933 y la que pudo observarse en la segunda posguerra, especialmente después de la derrota capitalista en Corea, han sido suficientemente elocuentes

para que se termine por entender que muy pronto en el siglo XX quedó demostrado que el mecanismo del mercado no podía consolidarse de forma diferente de la que se consolidó, y que no fue otra cosa que la demostración fehaciente ante los ojos de todo el mundo de que los principios de antagonismo y violencia sociales en que se sustenta no pudieron ni pueden llevar a la humanidad con paso firme ni con confianza suficiente en la bondad de los pasos andados hacia la conquista de un destino social cada vez más digno y decoroso.

Y es que, siendo a la vez el pilar de sostén de la desigualdad social, no pudo ni podrá conducir sino a un tipo de diferenciación social que si en lo nacional y aun en lo regional lo que tiende a consolidar es un sistema de clases, en el contexto mundial refunda cíclica y periódicamente la posibilidad de la crisis como un sistema de hegemonías en el que, simplemente, unas potencias económicas y estratégicas van sustituyendo a veces de manera paulatina y a veces de manera acelerada a otras potencias.

Por supuesto, el mecanismo del mercado sigue consolidándose donde primero se había desarrollado, desarrollándose donde antes sólo era una insipiencia, y fundándose donde nunca antes lo hubo siquiera como barrunto de una historia novedosa, pues ésa ha sido desde siempre su naturaleza: transitar aceleradamente la historia de la humanidad, pero eso no quita de la escena sus principios fundacionales; esto es, producir para generar riqueza, generarla para intercambiarla y reproducirla, reproducirla para acumularla, y acumularla para invertirla; y así, invirtiéndola para consumir más y mejor para mejor y más producir, para reproducir la desigualdad.

3. ¿Son la producción y la distribución los dos momentos simultáneos y consustanciales del proceso económico?

Podría decirse, sin lugar a dudas, que así fue por lo menos hasta la culminación de la era del capitalismo industrial, y que así se mantuvo durante las primeras décadas del capitalismo financiero al que también se le conoce con el nombre de imperialismo; y de ello dan cuenta la historia económica mundial concreta y también la historiografía objetivamente concebida y expuesta. Me refiero, pues, a la situación que se inició aproximadamente desde 1890 y hasta, digamos, 1929, pero que ya en los años treinta del siglo XX comenzó a mostrar cambios tan severos en la estructura del sistema capitalista en conjunto, como el que

consistió en la primero paulatina, pero muy poco tiempo después acelerada terciarización de la economía mundial, principalmente en los centros capitalistas de decisión que primero comenzaron a remontar con éxito la grave depresión de 1929-1933, como fueron Estados Unidos y las economías más prósperas de Europa Occidental; para desde ahí difundirse no difuminándose sino ganando atributos y consolidándose en el capitalismo en conjunto a partir del formato de un cada vez más ostensible crecimiento, y hasta llegar al predominio del capital financiero sobre el capital comercial y el capital industrial, mediante los cada vez más acelerados y endurecidos procesos de concentración y centralización.

Y hoy es suficientemente conocido que, a partir de la cibernización y difusión vertiginosa de la toma de decisiones en materia financiera, puede trastocarse a profundidad el paso y el ritmo del comportamiento capitalista con sólo operar la parte mejor bursátilizada del mismo; hasta el punto que es posible dar con un solo golpe de timón un cambio de rumbo a las políticas financieras específicas, pero también a los asentamientos, estructuraciones y reestructuraciones del capital mundial tanto geográfica como política, estratégica y aun estructuralmente. Apenas hace falta agregar que la creciente participación del Estado en el proceso económico como empleador, pero también como gran productor de bienes y servicios, contribuyó aceleradamente a la terciarización de la economía, pues ésta y no otra ha sido la vocación natural del Estado capitalista, entendido como el poder social situado por encima de la sociedad pero válido para toda ella.

Es decir, ahora conviene hablar con sentido de rangos similares del proceso de la producción, la distribución y el financiamiento para referimos a la integralidad del proceso económico, y esto que para muchos podría parecer sólo una imperdonable blasfemia frente a las sagradas escrituras de la teoría económica tradicional, y aun para las de la más ortodoxa de las visiones “objetivistas” de la economía, es apenas una de las más caras expresiones con que se llama la atención de la manera más objetiva posible a una de las más grandes mutaciones que se pueden advertir en el capitalismo desarrollado en sus moldes digamos clásicos.

4. ¿Es el nuevo valor generado o agregado en uno u otro de estos momentos el resultado directo e inmediato del trabajo productivo?

En lo que se refiere al sector productivo de la economía, esto es, al sector generador de bienes y servicios pro-

ductivos, sí. En lo que se refiere al sector no productivo de la economía, esto es, al sector generador de servicios comerciales y financieros, no. Y este es el *quid* del asunto: que el valor agregado se genera apenas se echan a andar la producción y la distribución, es decir, apenas se comienza a aplicar a la tierra el trabajo productivo en cualesquiera de sus formas, pues éste es el único capaz de producir valor y de reproducirlo, multiplicarlo y acelerar la velocidad de rotación del nuevo valor creado bajo la forma de bienes y servicios productivos.

En suma, que el capital financiero hegemoniza al capital comercial e industrial, lo que equivale a decir que el trabajo no productivo de la economía hegemoniza al trabajo productivo, y ésta es la verdadera tragedia del capitalismo de nuestro tiempo. Es así como vemos que sólo unas clases sociales producen valor para que otras clases sociales disfruten mayormente sus beneficios; y lo que se dice de las clases sociales se dice de las economías nacionales, y vale también para las economías internacional y mundial, lo que podría corroborarse preguntando a los trabajadores fijos y emigrantes de todo el orbe. Un buen resumen expresaría que unas economías son irrecusablemente subsidiarias de otras y que, en el fondo, las cúspides burguesas de los centros del poder financiero a escala mundial hegemonizan y explotan a los pueblos, esto es, a las masas trabajadoras del mundo en conjunto.

5. ¿Es el financiamiento sólo el proceso de valorización del trabajo productivo excedente y acumulado bajo la forma de capital?

Acabamos de ver los principios sobre los que ha descansado la elevación del financiamiento a la calidad o categoría del tercer momento fundamental y simultáneo a todo el proceso económico, lo cual nos ha obligado a considerar como esenciales a varias nuevas categorías de análisis que sería ocioso repetir, pero que sería indispensable tomar como puntos de partida hacia consideraciones e incluso conceptualizaciones de las que quizá no exista precedente específico.

Lo anterior implica que por mucho que lo parezca, el del financiamiento no es un momento espontáneo y autónomo dentro del proceso económico general, sino la salida; es decir, el paso natural hacia la realización de la concentración y centralización del capital, que no tienen otro sentido que no sea el de multiplicarlo, incluso por el

camino de la aceleración de su ineludible rotación, lo que implicaría, como de hecho implica, el tránsito acelerado hacia composiciones técnicas y orgánicas del propio capital cada vez más complejas.

Un punto sobresaliente de esa complejidad es precisamente el hecho de que puede llegar un momento específico en el que se hable de capital virtual, y esto mismo no sería otra cosa que personificar, vale decir, volver concreta aunque subsumida en la propia esencia del capital la enorme o inédita, propiamente dicha, modernización que ha experimentado el capitalismo y que ha facilitado la llamada globalización, tal como se le conoce en la práctica y la realidad cotidianas, e independientemente de las múltiples sofisticaciones conceptuales de las que ha venido siendo objeto por parte de muchos “teóricos” contemporáneos. Y aquí las comillas no son sólo un rasgo semántico sino la caracterización más cercana en que puede ser resumida la esoterización, o sea la afectada teleologización de la ciencia social, y especialmente de la económica.

No faltará quien se rasgue las vestiduras al “interpretar” que, expresando lo que antecede, estamos atropellando uno de los principios más caros de la economía política; ni quien se alegre porque puede creer o suponer que hemos terminado por confesar que la que rige es la teoría económica. Nada más ligero y vulgar que esto si fuera así. Y aquí nadie en particular tiene que ser quien dé la respuesta porque de eso se ha encargado todos los días el propio segmento financiero de la economía capitalista en todos sus ámbitos y todas sus escalas, pues ha estado incidiendo de manera recurrente en ya no pocas crisis bancarias y monetarias, es decir, típicamente financieras, con las que cada vez el capital de este segmento de la economía puede verse en algún entredicho desde el punto de vista de los valores reales que comporta y sus proporciones, esto es, desde el punto de vista de la racionalidad en que supuestamente se sustenta. Nótese si esto no es así en los diversos *cracks* bursátiles y el comportamiento de los índices de transacción y de cotización con que de manera irreversible se va recorriendo al mundo región por región.

6. ¿Asume acaso otra forma de valorización el trabajo productivo propiamente dicho?

No, podría contestar cualquiera, pues la fuerza de trabajo sigue siendo la mercancía por excelencia en el capitalismo moderno, así su valor se acumule, se concentre y se centralice bajo la forma de capital merced al proceso de

generación y realización de la plusvalía. Pero está claro que este es un proceso cada vez más complejo por cuanto una de las características más sobresalientes de la globalización es la terciarización extrema de la economía, como ya lo adelantaba en el punto 3, fenómeno que deja su constancia en las múltiples formas de reciclar hacia la inversión los rendimientos del capital. Véase cómo los llamados futuros son ya verdaderas antiguallas frente a los derivados que se diversifican y se reproducen aceleradamente, adoptando nomenclaturas que se antojan esotéricas, mientras sigue ausente de la escena financiera el poder susceptible de devolver ya no digamos racionalidad sino hasta sentido social a sus principales procesos. Se habrá notado ya cómo adentro de las propias estructuras financieras de todos los rangos y jurisdicciones el fraude y la trampa van generalizándose en tanto las estructuras de poder se consolidan en un esquema de casi absoluta ceguera para no decir de abierto cinismo y contubernio.

7. ¿Es la racionalidad económica sólo una falacia, o es que al quedar sujeta también a la ley de los rendimientos decrecientes está asistiendo a su propio secular proceso de extinción, y generando un vacío susceptible de ser llenado con la ostensible ingobernabilidad económica o, alternativamente, con la vuelta o el arribo a la razón de los procesos primigenios de la economía política?

Por principio de cuentas, entre racionalidad y razón no necesariamente existe parentesco. Racionalidad (de *ratio*, *rationis*, tercera declinación latina) significa proporcionalidad, para el caso, en la distribución y en la producción, en el sentido en que la teoría del número postula que toda proporción es la igualdad de dos razones, o sea, de dos quebrados. La racionalidad entraña al principio de equilibrio y éste puede ser, por lo menos, estable, inestable y neutro, lo cual introduce un amplio campo para la erraticidad y sobre todo para la especulación, la cual introduce a la vez una enormidad de posibilidades. Digamos, ateniéndonos a la racionalidad, que la teoría económica es un precioso campo para la exégesis y, por ende, para la controversia y hasta para la disputa. El principio de racionalidad se vincula con la utilidad, y una y otra incluso suelen ser consideradas como sinónimos. También se vincula con la noción de rendimientos que, como es sabido, en economía normalmente son decrecientes, lo cual refina y hasta enturbia al utilitarismo por

el camino de la racionalidad metodológica y la racionalidad formal. Ya un libro mío lo discute en extenso desde hace más de una década.

La razón, en cambio, normalmente es irrecusable. No en balde se la define como la facultad de conocer y ordenar la experiencia, la tendencia y la conducta en relación con la totalidad de lo real. Por eso matemáticamente es el cociente entre dos números y hasta puede ser una razón directa o una razón inversa. Por eso se dice que cuando una persona entra en razón, se vuelve consciente, adquiere conciencia. Hasta por eso la razón suele ser el argumento que prueba una cosa. Pero nótese bien que no he expresado que racionalidad y razón *no son antónimos*. Lo que expreso es que entre ellos puede haber controversia aunque no haya disputa, enfrentamiento ni querrela, aunque también sea de lo más frecuente que haya estos últimos.

Todo esto que parece ser sólo una digresión es apenas el pie de entrada para decir que el capitalismo contemporáneo necesita acogerse no tanto a la racionalidad como a la razón, y comenzar a ofrecer mejores perspectivas, vale decir, mejores respuestas a los planteamientos de la humanidad de nuestro tiempo, y, por esa vía, anunciar la construcción de un futuro económico cada vez más digno de ser alcanzado. Esto vale especialmente para México y América Latina.

8. En suma, ¿qué es la racionalidad económica capitalista?

Es producir riqueza. Producirla para el cambio. Cambiarla para acumularla. Acumularla para concentrarla. Concentrarla para centralizarla. Centralizarla para crear y acumular poder. Acumularlo estratégicamente para ejercer comando social, y ejercerlo para dominar socialmente. Esta dominación social se entiende en todas sus escalas y connotaciones. O sea que cuando se habla de racionalidad económica, se está hablando de una economía para el lucro, es decir, para el máximo utilitarismo.

Este utilitarismo en nada se modifica si pasamos de la racionalidad objetiva a la racionalidad metodológica, o si pasamos de ésta a la racionalidad técnica, a la material o a la formal, o sea, a la de un gobierno *en sí*. Pero en lo que toca a esta última, el utilitarismo puede subir enormemente de punto, observado en un gobierno específico, o sea, en un gobierno acotado con los nombres del país, del periodo, del partido y de los miembros del personal político que lo ejercen.

9. ¿Querría esto decir que la racionalidad en sí transita incólume toda la historia del capitalismo?

Si consideramos al capitalismo como el sistema dinerario por excelencia, la respuesta es sí; o sea que vale lo mismo para el capitalismo mercantil que para el industrial y el financiero también conocido como imperialismo, aun en la etapa ulterior llamada globalización. Huelga expresar que ulterior se está expresando no en el sentido del fin de su historia sino en el de la última etapa que se le ha conocido, desagregada en liberalización, desregulación, apertura y privatización, entendidas como sus facetas no sucesivas, como suelen ser abordadas, sino simultáneas y consustanciales; es decir, como el largo y tortuoso tramo de inflexión del capitalismo hacia su imperialización total, que no es otro que el de su crisis ya no estructural sino sistémica, imponiéndose al conjunto de la sociedad mundial con paso acelerado y sin regreso posible, merced a la galopante racionalización en que la ruptura entre economía y gobierno, y entre política y ética, se ostentan como una de sus principales características.

10. ¿Querría esto decir que la Ley de los Rendimientos Decrecientes tocó a su fin y que la crisis general del capitalismo es otro nombre para su finiquito?

Ni lo uno ni lo otro, aunque no se les puede dejar de pensar como sus prolegómenos. Tanto la citada ley general como la teorización que de ella se desprende con fundamento tanto en la noción de desequilibrio económico como en la de eficacia marginal del capital, no son otra cosa que la reconsideración de la teoría de los ciclos económicos en su vertiente de más largo plazo. Tal como se le ha conocido, la crisis general del capitalismo, aun en sus nociones de crisis estructural o de crisis sistémica, es sólo el punto de inflexión más agudo del ciclo económico de más largo plazo, que también reconoce una muy prolongada fase de desaceleración que desemboca en la recesión abierta y en la contracción de todos los valores económicos, algunos de los cuales llegan incluso a rebasar el cero y a adquirir signo negativo, por más que en el más largo plazo se produzcan y reproduzcan muchas causas contrarrestantes que atenúan y amortiguan la caída, volviendo errático el comportamiento de aquella ley, y dándole el carácter de simple tendencia de

largo plazo. Es entonces cuando cobra su verdadero sentido el ensamble dinámico entre los subsistemas que surgen del proceso económico, del proceso civil, del proceso social, del proceso político, del proceso jurídico, como una especie de amalgama crítica en la que puede volver a invocarse la esencia de lo humano, de lo ético, de lo idiosincrático, y hasta de lo netamente teleológico, en respuesta al aparentemente incontestable desmoronamiento de todas las estructuras y la dispersión, inutilidad e impotencia de todas las superestructuras.

Es la hora de imaginar y poner en planta el rescate crítico de todo lo aplicable a la interpretación y ejecución de todo lo que, proviniendo de lugares y tiempos ya idos, mantiene su vigencia para ayudar en la comprensión del presente, en el saneamiento de sus llagas y quebrantos, y en el aliento de esperanza en la construcción de algo diferente y superior en un aspecto esencial que es el de su mayor apego a la razón.

Los problemas del éxito

Infinidad de personas tanto físicas como morales, de todas partes, tienden a pensar y a proponer que detrás de cada una de estas grandes preguntas y sus correspondientes breves respuestas campean los más grandes y graves problemas que aquejan al capitalismo contemporáneo. Quizás no les falte razón, sobre todo si no se pierde de vista que este sistema no ha encontrado la salida de su esencial y secular problemática, consistente en que tuvo que nacer, crecer, desarrollarse, madurar e irse aproximando paulatina pero irreversiblemente, en medio de su natural, profunda e irrecusable crisis, a los límites de su historia. ¿No se ha tratado, acaso, de un sistema profundamente antagónico social, política y, sobre todo, económicamente? Dicho de otra manera, ¿no ha sido ese antagonismo, por ventura, el motor de su propia historia? ¿No es el alivio relativo de esa cruda historia el motivo esencial de su innegable progreso traducido a los términos de la modernidad alcanzada en todos los órdenes de su existencia? Y, ¿no es cierto, en fin, que todo ese conjunto de precariedades es el que le ha permitido su precaria permanencia en el tiempo y el espacio geosocial y político? Aquí y ahora la gran pregunta debiera contener un elemento fundamental que esclarezca la grave cuestión de si ha conocido la humanidad un sistema socioeconómico y político en verdad superior al capitalismo. Y seguramente se habrá notado que, no obstante, todos y

cada uno de los sistemas que han transitado la historia los ha conllevado como sus cimientos; no me estoy refiriendo a las utopías sino a las realidades experimentadas en carne viva por el permanente y edificador género humano. Se habrá notado también que, pese a los diversos intentos registrados por la historia, esa humanidad no ha remontado sino que sigue cotidianamente su organización primigenia en esos compartimentos políticos estancos denominados Estados nacionales.

Este último asunto viene aquí a la medida porque a los súbditos del Estado nacional mexicano les conviene saber cuál ha sido la suerte, vale decir la historia, que, bien o mal de nuestro grado, nos ha tocado vivir y compartir, digamos, por ejemplo, en los últimos 30 años.

Apenas vale la pena recordar que de diversas tragedias capitalistas a escala mundial hemos salido maltrechos los mexicanos. De las grandes guerras mundiales y antes de los expansionismos colonialistas y neocolonialistas; de los expansionismos mercantilistas, manufactureros, industriales y financieros; de la globalización y en general de los señuelos de la democracia y hasta de la socialdemocracia. Pero en medio de tan contradictorio y trágico devenir de la historia también hemos sabido salir airosos y, ¿por qué no reconocerlo?, hasta victoriosos en la afirmación de nuestra gran nacionalidad y en la emancipación y fortalecimiento de nuestro Estado nacional, proceso del cual no debiéramos perder de vista, en diversas etapas de nuestra historia nacional, que hemos llegado a ser incluso cátedra mundial, hasta construir y fortalecer la grandiosa nacionalidad que ahora somos, a despecho de muchos propios y de no pocos extraños.

Hace poco más de 30 años, en septiembre de 1985, llegamos a escuchar el dicho proveniente de diversas partes del mundo de “se ha acabado México”. ¡Qué criterio tan equivocado subyacía a tan desafortunada expresión! En ese entonces, éramos acaso 70 millones de mexicanos que alentábamos y sustentábamos relaciones internacionales y fraternales con bastante menos de un centenar de naciones hermanas. Éramos ya un gran sistema nacional con unos 23 millones de agentes económicos activos bajo los formatos de fuerza de trabajo y población económicamente activa, para sostener en todos los órdenes de la economía a todos esos millones de “paisanos” nuestros, que en todos los órdenes de la vida nos representaban, poco más de 12 millones de jefes de familia, de manera que pudiéramos vivir con dignidad y decoro social conforme

a los entonces llamados “mínimos de bienestar”. En el conjunto de naciones de aquel entonces “ranqueábamos” acaso como la treintaicuatroava (34ava) potencia económica. Pero hoy, 31 años después, somos poco más de 120 millones de mexicanos; es decir, un mercado interno de esas dimensiones que nos permite la sobrevivencia en unos niveles de bienestar que no son menores a los de aquellos años. Nuestra fuerza de trabajo y nuestra población económicamente activa fluctúan alrededor de 40 millones que registran tasas de empleo sensiblemente mayores, aunque como en el resto del mundo la informalidad y el empleo sólo estacional nos impactan fuertemente; no obstante, no se pierda de vista, hemos aprendido a autoemplearnos a pesar de que, como sociedad nacional, padecemos de una corriente de inmigración que ya fluctúa en más de 7 millones de seres que a veces como trabajadores temporales y a veces como contingentes en tránsito, nos impiden evaluar de mejor manera nuestros rangos de actividad y empleo. Nuestra canasta básica ha mejorado sensiblemente merced a la elevación del costo histórico del trabajo a pesar de la permanencia en el régimen tripartita de los salarios mínimos.

Hoy contamos con una infraestructura económica sumamente vasta y compleja, y con una planta industrial y comercial en franca expansión con modernidad probada que, aunada a la planta agrícola y ganadera y de servicios, ocupa de manera permanente, como adelantábamos, a no menos de 42 millones de mexicanos y, de manera temporal o intermitente, a otros 7 millones que se auxilian en el consabido autoempleo y que nos permiten sobrellevar con menos penas los términos reales del desempleo. La red carretera nacional se ha ampliado y modernizado muy sensiblemente y se ha ido logrando aceleradamente una mayor y mejor complementariedad con los grandes avances que registra el campo de las telecomunicaciones. Fluctuamos en torno a los 100 millones de usuarios permanentes de teléfonos fijos y a unos 97 millones de usuarios de internet y de la llamada telefonía celular.

La red aeroportuaria mexicana se ha desarrollado de manera vertiginosa para los estándares del mundo en desarrollo, y lo mismo sucede con el complejo portuario de altura tanto en el Golfo de México como en la parte que nos toca del océano Pacífico, todo lo cual nos ha permitido arribar y sostenernos en el rango de una de las más grandes potencias exportadoras del mundo de nuestro tiempo, y formar sin dubitaciones como integrantes de la integración económica más grande de la historia de la humanidad con el Tratado de Libre Comercio de América del Norte, así

como ser el país que cuenta con el mayor número de tratados de libre comercio signados con el resto del mundo, y marchar todavía con paso incipiente pero firme hacia la integración comercial con los países más distantes del océano Pacífico y del actual Borneo hasta llegar a “ranquear” como una potencia económica mundial entre el noveno y el treceavo lugar, en el contexto de un México que ya mantiene relaciones diplomáticas con prácticamente todos los países de la tierra.

Algunas de nuestras industrias extractivas se registran entre las más productivas del mundo, lo mismo que algunas industrias de vanguardia en el ramo alimentario, en el ramo de los conductores eléctricos, en el ramo de los conservadores alimentarios y de bebidas de la más alta aceptación comercial. En el ramo de los electrodomésticos, de la automovilística y de la telefonía, contamos con empresas de alto impacto y aceptación en el mercado mundial, y nuestras grandes compañías productoras de infraestructura están trabajando en todos los continentes.

Por supuesto, confrontamos todavía muy grandes problemas tanto en la estructura como en la dinámica económica internas, particularmente en lo que toca a lo que pudiéramos llamar la economía institucional de México; entre otros, el grave problema de la falta de uniformidad de criterios en la preparación y elaboración final de las estadísticas económicas que, por desgracia, propician todavía la falta de unidad de criterios para calificar los logros alcanzados, particularmente en lo que se refiere a los resultados iniciales de la aplicación de las reformas económicas emprendidas por el actual régimen gubernamental. Fue muy grande el éxito alcanzado a la hora de emprenderlas e instaurarlas como conjunto de programas de acción inmediata institucional y políticamente consensuados. En este aspecto específico, los mexicanos una vez más hemos sido reconocidos como cátedra mundial de buen gobierno y de concertación de voluntades políticas disímbolas hacia un fin institucional y patriótico. La pluralidad y la diversidad ideológica y partidista en el ejercicio real de poder, sin embargo, no han logrado consolidarse, sino que el mantenimiento de dicha diversidad continúa como la fuente primigenia de una dialéctica que reconoce que las grandes soluciones nacionales no son de corto ni de mediano sino de largo plazo.

No necesitamos repetirnos en torno a lo que el capitalismo es. Lo que requerimos con urgencia es saber que en lo que se refiere a su inserción, en sus modalidades contemporáneas, México vive confrontando cotidianamente los problemas del éxito.